

LA ESTROFA XI DEL «POLIFEMO»

I

A esta altura de las investigaciones sobre el *Polifemo* gongorino, con una fundamental serie de aportes aparecidos en los últimos años (ver, sobre todo, obras de Alfonso Reyes, Antonio Vilanova y Dámaso Alonso)¹, forma ya un lugar aparte el enfoque de la discutida estrofa XI del *Polifemo*. Mejor dicho: forma ya una apasionada y noble disputa en la que rivalizan ¡desde el siglo XVII! comentaristas y críticos de Góngora.

Aquí también, en consonancia con el ahondamiento en el poeta cordobés, la bibliografía reciente —o más reciente— ha dado pruebas de especial dedicación, en la que destacados gongoristas (de nuevo Alfonso Reyes, Vilanova, Dámaso Alonso; y otros: Zdislas Milner, Alfonso Méndez Plancarte, para citar nombres de alguna importancia) han procurado revelar el misterio, prácticamente el único «misterio» del *Polifemo*.

Frente a tan altos capitanes del ejército gongorino ¿qué puedo yo aportar? Posiblemente redundancias y una explicación simple. Sin embargo, me atrevo a enfocar el problema porque, como todos reconocen, no hay ninguna explicación totalmente satisfactoria. Por mi parte, incluyo aquí la del «tributo de la encina», que nos da algo así como la solución de un verdadero acertijo, indigno de Góngora. Sin pretender, por esto, que todo en el poeta cordobés es claro o «traducible».

No está de más, pues, y en eso apoyo mi ambicioso intento, replantear añejas y gastadas discusiones. Reconozco que el número de materiales a mi alcance es limitado (ni más ni menos que para los otros críticos), pero

¹ Señalo estas obras «definitivas» o últimas, en relación a las respectivas bibliografías:

— ALFONSO REYES: *El Polifemo sin lágrimas*. Madrid, 1961.

— ANTONIO VILANOVA: *Las fuentes y los temas del "Polifemo" de Góngora*, 2 tomos. Madrid, 1957.

— DÁMASO ALONSO: *Góngora y el "Polifemo"*, 2 tomos. Madrid, 1961.

tal limitación no es un obstáculo insalvable para avanzar en el atractivo problema poético.

La frecuencia con que —repito— se ha tratado últimamente este tema me evita repetir una vez más una minuciosa historia y detallados enfoques recientes, donde cada crítico se refiere, como punto de arranque, a las explicaciones anteriores, como paso previo a su propio punto de vista. De tal manera, me parece redundante repetir lo que, cercanamente, está a nuestro alcance y es, por otra parte, de conocimiento corriente entre los estudiosos de Góngora.

Por último, aclaro que si mi interpretación entronca en algún momento con lo que dicen antiguos comentaristas, en su conjunto pretende variantes y coherencia que, creo, no se encuentra en ellos.

II

Como es sabido, el punto de partida de las ediciones modernas de Góngora lo constituye el llamado Manuscrito Chacón. No se trata de una versión impecable, pero sigue siendo —y así lo reconocen en nuestros días los más destacados críticos de Góngora— el cuerpo básico de los textos gongorinos.

Frente a comentaristas y críticos que introducen o proponen modificaciones a dicho texto (cf. «da la manzana» por «de la manzana», en Andrés Cuesta ², en Alfonso Méndez Plancarte ³), o que introducen importantes cambios en la puntuación (como Alfonso Reyes en sus primeras interpretaciones), anticipo que, en mi caso, me serviré del texto que trae el Manuscrito Chacón, sin ninguna variante de vocabulario o puntuación. Por supuesto, no se trata de la deificación de un manuscrito (por importante que éste sea), sino de respetar lo que aceptamos, en principio, como de Góngora. Y aquí tiene algún significado el hecho de que, como digo, se reconozca valor básico al manuscrito. Una acotación interesante: Alfonso Reyes, después de proponer una sustancial modificación a la puntuación (como los dos puntos al final del verso sexto), volvió, en su último intento, a la esencial puntuación primitiva.

² LICENCIADO ANDRÉS CUESTA : *Notas al "Polifemo"* (inéditas, fols. 314-315). Citadas por ANTONIO VILANOVA : *Las fuentes y los temas...*, I, pág. 548.

³ ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE propuso dos posibles soluciones. Una de ellas (la primera) coincide con la de Cuesta. Ver *Cuestiúnculas gongorinas*. México, 1955, páginas 51-58.

Por otro lado, sabemos a través del testimonio de Pellicer que «muchos doctos advirtieron a Don Luis que emendasse este verso...» (se refiere al verso quinto de la estrofa —*I de la ençina, honor de la montaña*—, principal obstáculo en la comprensión de la estrofa). Y concluye: «Nunca le quiso dar segunda esponja D. Luis: yo cumplo con advertillo»⁴.

Por mi parte, creo que si Góngora persistió en el texto conocido de la estrofa y, sobre todo, en el verso que menciona especialmente Pellicer, verso que constituye, bien lo sabemos, el centro de las divergencias, no lo hizo por capricho. Me parece que puede defenderse el texto (procuraré hacerlo) defendiendo, al mismo tiempo, la rigidez de Góngora ante las solicitudes de los «doctos», a que se refiere Pellicer.

Como en el caso del Manuscrito Chacón, vemos que, como punto de arranque, es también éste un signo positivo, ya que no tenemos necesidad de apelar a una explicación apoyada en un «descuido» o error del poeta.

Una última aclaración previa. La estrofa del problema («la estrofa reacia», como reitera Alfonso Reyes) es la XI. Sin embargo, las estrofas X y XI forman una particular y breve unidad dentro del poema total, puesto que las dos están dedicadas al zurrón de Polifemo. O si preferimos otras palabras: la descripción-enumeración se desarrolla en las dos estrofas exclusivamente. De ahí que, me parece, tenga también alguna justificación no sólo reproducir las dos estrofas, sino, primordialmente, procurar encontrar apoyos ratificadores en la estrofa X para ahondar en la XI, meta perseguida.

III

Copio, ahora, las estrofas X y XI, según el texto del Manuscrito Chacón:

*Cercado es, quanto mas capaz mas lleno,
De la fruta el zurrón casi abortada,
Que el tardo Otoño dexa al blando seno
De la piadosa ierba encomendada:
La serva, a quien le da rugas el heno;
La pera, de quien fue cuna dorada
La rubia paja i, palida tutora,
La niega avara i prodiga la dora.*

⁴ «Muchos doctos advirtieron a Don Luis que emendasse este verso [el quinto de la estrofa], porque dize arriba que el çurrón era *eriço* de la *castaña* y de la *mançana*; agora dize: *de la enzina*, y suena que *eriço del árbol*. Porque aquel *de* avia de estar con *el tributo, del tributo*. En el çurrón no venía la *enzina*, sino la bellota.

*Erizo es el zurrón de la castaña;
I entre el membrillo o verde o datilado,
De la manzana hypocrita, que engaña
A lo pálido no: a lo arrebolado;
I de la ençina, honor de la montaña
Que pavellon al siglo fue dorado,
El tributo, alimento, aunque grossero,
De el mejor mundo, de el candor primero*⁵.

Como he dicho, la relación de las dos estrofas es evidente, puesto que en las dos (sin agregados inmediatos, anteriores o posteriores) se realiza la descripción-enumeración del zurrón de Polifemo.

Ahora bien, las frutas que el zurrón guarda se explican en la estrofa X en relación al «tardo otoño». Puede entenderse que, de manera especial, la referencia a la estación se vincula a las dos frutas mencionadas en la estrofa. Es decir, la serba y la pera, frutas cortadas tempranamente y maduras (por lo menos entonces) en la forma en que el poeta lo muestra. Claro que, en este caso, no cabe ninguna duda de que el zurrón guarda fruta otoñal, que servirá de alimento en el tiempo frío.

Y esto que está patente en la estrofa X no creo que se rompa en la estrofa siguiente. Sigue allí la enumeración de otros frutos (castaña, membrillo, manzana, bellota) y, si bien no hace ninguna aclaración con respecto al otoño, no creo que quede ninguna duda con respecto al carácter «otoñal» del zurrón: lo destaca la continuidad descriptiva de las dos estrofas y, sobre todo, las especies frutales que menciona.

Estableciendo, pues, el inevitable enlace entre las dos estrofas, a mi modo de ver se explica satisfactoriamente el «enigma» de la estrofa XI. Y, aunque más de uno se sorprenda, me apoyaré de manera total en el «erizo» (pero en el «animalejo», descartado por los estudiosos) para procurar la solución.

Como conviene proceder en forma ordenada, ésta es la versión en prosa (en parte comprimida, en parte comentada) que propongo para la estrofa en cuestión: «El zurrón es como el erizo «animal» de la castaña [o castañas], de la manzana [o manzanas] engañosa(s) (las manzanas, entre los

Nunca le quiso dar segunda esponja D. Luis: yo cumplo con advertillo» (PELLICER DE SALAS Y TOVAR: *Lecciones solemnes*. Madrid, 1630, col. 73, nota 4).

Por su parte, ANGULO Y PULGAR declaraba:

«... tengo por cierto que no ha menester nueva corrección el verso, según la construcción que yo le he dado y pedido a V. M.» (citado por ALFONSO REYES: *Los textos de Góngora* (1916), en *Cuestiones gongorinas*. Madrid, 1927, pág. 78).

⁵ Cf. GÓNGORA: *Obras poéticas*, II, Nueva York, 1921. Ed. de R. FOULCHÉ-DEL BOSCH (y ALFONSO REYES), pág. 37.

membrillos verdes o datilados) y de la encina [erizo de la encina, en cuanto recoge los frutos de la encina, o vive de ecos]. Pues el zurrón, como el erizo «animal», guarda en el otoño los frutos (esos frutos) y el fruto de la encina, los que servirán de alimento —Polifemo/erizo— especialmente durante el invierno.»

Finalmente (como derivación de la encina, pero sin entrar en lo esencial de la enumeración): «El tributo [de la encina, es decir, la bellota] fue el alimento, aunque grosero, de la Edad de Oro, de la inocencia primera.»

Por lo pronto, creo que de esta manera se explica adecuadamente el verso quinto con la relación que corresponde. La construcción «erizo «animal»... de la encina» no repugna como repugnaba «erizo «vegetal»... de la encina», que aquí, sí, no tenía realmente sentido. En fin, hasta podemos pensar también en las hojas que reúne el erizo para su nido, y en la costumbre del animalejo de vivir y guardar sus frutos (como ya señalaba Plinio) en los troncos huecos de los árboles. Por descontado, entre esos árboles estaba la encina. Sin embargo, me inclino por la serie paralela y que coloca a la bellota junto a los otros frutos.

Es cierto que ya comentaristas del siglo XVII (Pellicer, Salcedo Coronel) mencionan el erizo «animal» a propósito de la manzana. También Alfonso Reyes, en una primera interpretación, pensó en el «animal fructívoro», pero, aparte de que no justificó su afirmación, últimamente la había descartado por completo ⁶.

Entremos, ahora, en un orden de conocimientos generales, sobre todo en relación a Góngora. En primer lugar, conviene saber que el erizo, si bien se alimenta particularmente de insectos, no desdeña por eso otros alimentos, en especial los frutos. Además, no se reduce aquí a las manzanas, aunque sea éste espectáculo llamativo. En fin, sabemos que, durante el otoño, hace acopio de frutas para el invierno, estación que pasa aleargado la mayor parte del tiempo. Un básico e importante testimonio lo encontramos en Plinio:

Praeparant hiemi et herinacei cibos : ac volutati supra jacentia poma, affixa spinis, unun amplius tenentes ore, portant in cavas arbores... (*Naturalis Historiae*, VIII, LVI) ⁷.

⁶ Con respecto a la presencia de los dos erizos (el animal y el vegetal) en la obra gongorina, diremos que, fuera de la discutida estrofa del *Polifemo*, aparecen dos alusiones al animal (ver ed. cit., I, pág. 409, y II, pág. 314) y una a' vegetal (I, pág. 165). Esto no nos ayuda mayormente a resolver el problema, pero sirve, por lo menos, para fijar la totalidad de las alusiones y, naturalmente, para comprobar que en los textos del poeta aparecen las dos acepciones.

⁷ «Los erizos hacen también provisiones para el invierno : se revuelcan sobre los

En la época de Góngora, nos sirven testimonios como los de Covarrubias (que, a su vez, cita a Plinio), Fray Cristóbal de Avendaño, Salcedo Coronel y Lope de Vega.

Erizo. Animal conocido cubierto todo de púas o espinas, y quando teme estar muerto de los perros se haze un ovillo y no le pueden morder por ninguna parte que no se lastimen. Díxose del nombre latino *hericius et herinacius*, y en griego *εχινος*, echinus. Recoge manzanas y otra fruta en el hueco de algún árbol por el otoño y de aquello come el invierno. Vide Plinio, lib. 8, cap. 37.

Escriven los naturales deste animalito abrir la puerta de su covachuela contra el viento que quiere correr, y assí cierra unas y abre otras. Por esta razón le loa Archiloco, poeta griego diziendo :

Scit multa vulpes, unun Echinus, at magnum.

(Vide *Pierium*, lib. 8. *De Echino*)

(Covarrubias : *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611)

Veréis un erizo, sale de su cueva como de una sepultura, lleno de codicia vase a un manzano, derriba muchas manzanas, júntalas, revuélcase por ellas, clavándolas todas con aquellas púas de que le vistió naturaleza, camina con ellas a su cueva : es angosta, no puede entrar cargado, es fuerza dejar fuera las manzanas que con tanto afán anduvo cogiendo... (Fray Cristóbal de Avendaño) ⁸.

... en qual [erizo] en el otoño recoge providente las manzanas, y otras frutas, y rebolviéndose en las que están caídas, clavándolas en sus espinas, les guarda en los huecos de los árboles... (Salcedo Coronel) ⁹.

*Las guindas rojas maduras,
los madroños de las sierras,
donde el erizo en sus puntas
los ensarta como cuentas,
la castaña armada en balde,
los membrillos de las vegas...*

(Lope de Vega, Canción de El Gigante a Crisalda, en *La Arcadia*, Madrid, 1598) ¹⁰

Lo que me interesa destacar, a través de estas citas, es que, si bien hay bastante coincidencia en la acción llamativa de las manzanas, muestran también que no se reduce el erizo a este único fruto. Además, en la

frutos que cubren el suelo, los pinchas con sus agujas, toman otro en su boca, y vuelven, así cargados, al hueco del árbol...» (PLINIO).

⁸ No sé si pertenece a su libro *Sermones del adviento con sus festividades y santos*. Barcelona, 1603. Tomo la cita de LUIS SANTA MARINA : *Nubes de antaño*. Barcelona, 1944, pág. 147.

⁹ GARCÍA DE SALCEDO CORONEL : *El "Polifemo" de Don Luis de Góngora, comentado por...* Madrid. 1636.

¹⁰ Cít. por ANTONIO VILANOVA : *Las fuentes y los temas...*, I, pág. 562.

provisión que hace durante el otoño. Estas dos referencias tienen, pues, valor en nuestra fundamentación de que Góngora, cuando habla del erizo en la estrofa XI, está pensando en el erizo «animal». Por cierto que esto no excluye que, en la castaña, pueda pensar también (disemia, acumulación) en la cubierta vegetal del mismo nombre. Como tampoco excluye la posibilidad de que Góngora conozca y juegue aquí con la disemia del vocablo *zurrón* (también, «cáscara primera y más tierna de algunos frutos»), tal como señala Dámaso Alonso. Estas posibilidades —muy defendibles en el caso de Góngora— no anulan, me parece, la tesis que defiende y que ve en el erizo «animal» (o, mejor, en la relación *zurrón/erizo* «animal»), y el acopio de frutos para el invierno) el eje enhebrador de toda la estrofa.

No veo objeciones valederas a esta explicación. El erizo «animal», en la circunstancia antedicha, puede alcanzar, con su movilidad, una extensión que no alcanza, por supuesto, el erizo «vegetal». Y, sobre todo, porque permite iluminar el discutido verso quinto (el de la encina), que siempre se ha considerado como el principal obstáculo en la comprensión de la estrofa. Obstáculo que no se allana satisfactoriamente con explicaciones como la de Milner («el tributo de la encina»), o con la sinécdoque de «encina» por «bellota» (Alfonso Reyes), o con la modificación del texto realizada por Lucien-Paul Thomas.

De acuerdo a la importancia que concedo a las relaciones entre el otoño y el *zurrón* y el erizo, quizás se me haga el reparo de que, con posterioridad, el poema, al mostrar los amores de Acis y Galatea, los coloca inequívocamente en la estación estival. Mejor dicho: que el desarrollo fundamental de la fábula, y que ocupa buena parte del poema, ocurre —se identifica— con el verano.

*Salamandria del Sol, vestido estrellas,
Latiendo el Can del cielo estaba... [etc.] (XXIV)*

Sin embargo, tal diferencia no es contradictoria ni mucho menos. El desarrollo del poema no lo encara Góngora dentro de una unidad marcada. Por el contrario, lo que el poema revela, a través de estos dos momentos de importancia argumental tan disímil (*zurrón/otoño*; amores de Acis y Galatea/estío), es otra sutil prueba de oposiciones y contrastes, de las oposiciones y contrastes que tanto caracterizan la arquitectura y el sentido general del *Polifemo*. Por lo pronto, estos dos pasajes son los únicos en que el poeta alude, con cierto detalle, a estaciones del año ¹¹.

¹¹ Las demás son alusiones ocasionales. C. estrofas XVIII (a propósito de Ceres), XXVI (la miel, vinculada a la primavera), XL (seda y primavera, en relación a la alfombra) y L (enjambres, en abril y mayo).

Podemos ir todavía un poco más lejos dentro del paralelismo entre los dos pasajes: Polifemo, zurrón, necesidad elemental, acopio de alimentos naturales; Acis y Galatea, amor, sol, naturaleza ardiente... ¿Por qué no pensar en una consciente contraposición? Aunque —repito— no se trata de situaciones o elementos equivalentes en extensión o en importancia¹². De todos modos, estas consideraciones me han servido para subrayar, en una nueva dimensión, la presencia del otoño en el poema gongorino. Por último, conviene recordar la semejanza que existe entre el zurrón y el erizo. Particularmente el erizo, que, en situación de peligro, oculta su cabeza, sus patas y su cola.

Admitiendo las proporcionadas dimensiones del zurrón de Polifemo en relación al gigante, la comparación con un erizo supone un erizo visiblemente agrandado, hiperbólico, sobrenatural. Creo que en el mundo poético de Góngora la metáfora del erizo estuvo impulsada no sólo por las causas que he aducido, sino también por las vinculaciones que podemos establecer, más que con apariencias de un rústico zurrón campesino, con el físico del dueño, físico que subrayamos aquí en la hirsuta pelambre (cabellos, barba) que el poeta había descrito en la estrofa VIII, y cuya semejanza con el erizo es notoria. (Reparemos, por otra parte, en la proximidad de las estrofas VIII y XI.) El sabio juego de paralelismos —tan visible en Góngora— pudo encontrar en esos rasgos nueva ocasión para extremar relaciones. Es, por lo menos, explicable la correspondencia entre Polifemo y el erizo «animal».

IV

Concluyo. Sin la pretensión de competir con tantos y tan ilustres asedios al problema, me atrevo a publicar este ensayo con la esperanza de aportar una explicación fundada. Si bien resulta ingenuo pretender hoy una novedad total en el enfoque (resulta ya prácticamente imposible ha-

¹² Pudiera pensarse también en un contraste entre el zurrón de Polifemo y la ofrenda de Acis a Galatea (estrofa XXVI. Cesta con almendras, manteca y miel. Ver, también, estrofa XIX). Galatea no atribuye la ofrenda a Polifemo («No al Cíclope atribuye, no, la ofrenda...», estrofa XXX). Claro que esto sería forzar demasiado los juegos de oposiciones.

Una última acotación sobre el zurrón de Polifemo. Figura allí —como sabemos— el fruto de la encina. Si la bellota es fruto que se da sobre todo a las bestias (aunque no se descarta como alimento humano) la verdad que no nos repugna verlo en el zurrón del cíclope.

cerlo), definiendo, en su conjunto y por las dimensiones que abarco, sus fundamentos y su esencial originalidad.

Es muy posible que algún humorista afecto a los juegos de palabras (todavía quedan...) al conocer los numerosos escritos que ha determinado la estrofa XI del *Polifemo*, o, mejor, el enigma del erizo, haya hablado ya de la «espinosa octava del *Polifemo*». Es posible. Por mi parte, prefiero pensar, más adecuadamente, en el conocido retrato de Góngora atribuido a Velázquez; imaginar al poeta en su Olimpo de gloria y (¿no está ya en el retrato?) verle despuntar una sonrisa burlona, antes los renovados, sostenidos intentos que aún mueve la famosa estrofa XI de su famoso poema.

EMILIO CARILLA